

La luz sobre aquel suelo estéril, muerto,
 Sin rebatar en él tambien cae muerta:
 Solo el mas alto rayo de la aurora
 Hierde el soberbio Partenon, y luego
 Por sus negras almenas resbalando,
 Donde duerme el genízaro tendido
 Con la pipa en la mano, cual si fuera
 A llorar la cornisa destruida,
 Va á morir sobre el templo de Teseo!
 Dos destellos de luz en dos ruinas
 Es todo cuanto hoy dice: "Allí está Aténas!"

6 de agosto 1832, en alta mar.

El 6 á medio dia, divisamos bajo las blancas nubes del horizonte las desiguales cimas de los montes de Grecia; el cielo estaba pálido y gris como sobre el Támesis ó el Sena en el mes de Octubre; una borrasca rasga, en el Poniente, la negra cortina de nieblas que arrastra sobre el mar;—estalla el trueno, brotan los relámpagos, y una seria b. i. sa de Sudeste nos trae la frescura y la humedad de nuestros vientos lluviosos de otoño.

El huracan nos arroja fuera de nuestro rumbo y nos hallamos muy cerca de la costa de Navarino; distinguimos los dos islotes que cierran la entrada de

su puerto y la hermosa montaña de dos cumbres que corona á Navarino. Allí fué donde el cañon de Europa gritó no ha mucho tiempo á la Grecia resucitada: la Grecia ha respondido mal; emancipada del poder de los turcos por el heroismo de sus hijos y por la asistencia de la Europa, ahora es víctima de sus propios furores: ha derramado la sangre de Capo de Istria, que habia consagrado su vida á su causa: el asesinato de uno de sus primeros ciudadanos abre mal una era de resurreccion y de virtud. Es doloroso que el pensamiento de un gran crimen sea uno de los primeros que asaltan el ánimo á la vista de aquel suelo, adonde se va á buscar imágenes de patriotismo y de gloria.

A medida que se acerca el buque al golfo de Modon, las costas del Peloponeso se destacan y se articulan, saliendo de la flotante niebla que las rodea. Aquellas orillas, de que los viageros hablan con desprecio, me parecen, por el contrario, perfectamente dibujadas por la naturaleza, pues presentan grandes cortes de montañas y una graciosa ondulacion de líneas: trabajo me cuesta desprender de ellas mis ojos. La escena está vacía, pero llena de lo pasado; la memoria lo puebla todo. Ese grupo negrozco de collados, de cabos, de valles, que la vista abarca desde aquí en su conjunto, como una pequeña isla sobre el océano, y que no es mas que un punto en el mapa, ha pro-

ducido él solo mas ruido, mas gloria, mas esplendor, mas virtudes y mas crímenes que continentes enteros. Ese monton de islas y de montañas, de donde salian casi á la vez Milciades, Leónidas, Trasíbulo, Epaminondas, Demóstenes, Alcibiades, Pericles, Platon, Arístides, Sócrates, Fídias; ese suelo que devoraba los ejércitos de dos millones de hombres de Xerjes, que enviaba sus colonias á Bisanccio, á Asia, á Africa; que creaba ó renovaba las artes del espíritu y las de la mano, y las elevaba en siglo y medio á aquel punto de perfeccion en que llegan á ser tipos y no se pasa mas allá; aquel suelo, cuya historia es nuestra historia, cuyo Olimpo es todavía el cielo de nuestra imaginacion; aquel suelo de donde tendieron su vuelo la filosofia y la poesía hácia lo restante del globo, y adonde vuelven sin cesar, como criaturas á su cuna, ahí está! Cada nueva ola me impele hácia él: ya le toco. Su aparicion me conmueve profundamente, mucho ménos sin embargo de lo que me conmoviera si todos esos recuerdos no estuvieran ajados en mi pensamiento á fuerza de haber pasado y repasado por mi memoria ántes de que los comprendiese mi mente. La Grecia es para mí como un libro cuyas bellezas están desvirtuadas para nosotros, porque nos le hacen leer ántes de poder comprenderle.

No todo, empero, está desencantado; todavía queda para todos esos grandes nombres algun eco

en mi corazon: un no sé qué de dulce, de santo, de perfumado, sube con esos horizontes á mi alma, y doy gracias á Dios por haber visto en mi paso por la tierra, ese pais *de los hacedores de grandes cosas*, como llamaba Epaminondas á su patria.

Durante toda mi juventud he deseado hacer lo que hago, ver lo que veo: un deseo satisfecho en fin, es una felicidad. Siento á la vista de esos horizontes en que tantas veces he pensado, lo que toda mi vida he sentido con la posesion de todo lo que he deseado ardientemente,—un placer sereno y contemplativo que se replega en sí mismo; un reposo del espíritu y del alma que se paran un momento, que se dicen:—parémonos aquí y goce-mos; pero en el fondo esos placeres del espíritu y de la imaginacion son muy frios. No es esa la felicidad del alma; esta no reside mas que en el amor humano ó divino, siempre en el amor.

La misma fecha, por la tarde,

Navegamos deliciosamente con un viento favorable que nos impele entre el cabo Matapan y la isla de Cérigo.

Un pirata griego se acerca á nosotros mientras la fragata está á algunas leguas en alta mar, persiguiendo á un buque sospechoso. El bergantin griego no dista de nosotros mas que 120 brazas;

todos subimos à cubierta y nos preparamos al combate; se cargan los cañones, se cubre el puente de fusiles y pistolas. El capitán intima al comandante del bergantín griego que se retire; este, viendo veinticinco hombres bien armados en nuestro puente, se decide à no aventurar el abordage. Se aleja, vuelve segunda vez y casi toca à nuestro buque; vamos à hacer fuego, pero se retira, y por espacio de un cuarto de hora se queda à cosa de un tiro de pistola: asegura que es, como nosotros, un buque mercante que vuelve al Archipiélago. Observo su tripulación; en mi vida he visto caras en que el crimen, el asesinato y el pillage estuviesen escritos en caracteres mas horribles. Se ven quince ó veinte bandoleros, unos en traje albanès, otros con harapos de vestimentas europeas, sentados, tendidos ú ocupados à bordo en la faena: todos están armados de pistolas y de cuchillos, en cuyos mangos relucen cinceladuras de plata. Se ve una lumbrada sobre el puente, donde dos viejas están cociendo pescado; una muchacha de quince à diez y seis años aparece de cuando en cuando entre aquellas mugeres,—figura celestial, aparicion angélica en medio de aquellas fachas infernales. Una de las viejas la empuja muchas veces al entrepuente, adonde baja llorando; suscítase una quimera, à la cuenta por este motivo, entre algunos marineros. Veo desenvainar y blandir dos cuchillos; el capitán, que está fumando indolentemente su pipa reclinado so-

bre la barra del timón, se precipita entre los dos facinerosos y tira à uno al suelo; todo se sosiega; la muchacha griega sube à cubierta, enjuga sus ojos con las largas trenzas de su cabello y se sienta al pié del palo mayor. Una de las viejas se arrodilla detras de ella y peina la larga melena de la muchacha. El viento refresca: el pirata griego endereza el rumbo hácia Cérigo; en un momento se cubre de velas, y pronto no es mas que un punto blanco en el horizonte.

Nos ponemos en facha para aguardar la fragata, que dispara un cañonazo para avisarnos: al cabo de pocas horas, se reune con nosotros. El pirata griego, à quien perseguia, se le ha escapado, entrando en una de aquellas ensenadas inaccesibles de la costa, donde siempre se refugian en semejantes casos.

El mismo día, à las 11.

Siempre que una fuerte impresion conmueve mi alma, experimento la necesidad de decir, de escribir à alguno lo que siento, de hallar en alguna parte una repetición de mi alegría, un eco de lo que me ha herido. El sentimiento aislado no es completo; el hombre ha sido creado doble.

¡Ah! cuando tiendo ahora la vista en derredor de

mí, encuentro ya mucho vacío. Julia y Mariana (1) lo llenan todo ellas solas, pero Julia es todavía tan niña que no le digo mas que lo que está al alcance de su edad. Ella es todo el porvenir, y pronto será todo el presente para nosotros; pero lo pasado ¿dónde está ya?

La persona que mas hubiera gozado con mi felicidad en este momento es mi madre: en todo lo que me sucede, favorable ó adverso, mi pensamiento se vuelve involuntariamente hácia ella. Creo oírle, verla, hablarle, escribirle. Una persona de quien uno se acuerda tanto, no está ausente; lo que vive tan completa, tan poderosamente en nosotros, no ha muerto para nosotros. ¡Siempre le reservo su parte, como miéntras vivía, de todas mis impresiones, que tan pronto y tan enteramente se convertían en impresiones tuyas; que se embellecían, se coloraban, se inflamaban en su radiante imaginación, imaginación que siempre tuvo diez y seis años! La busco mentalmente en la modesta y piadosa soledad de Milly, donde nos crió á mí y á mis hermanas, donde pensaba en nosotros miéntras que nos separaban las vicisitudes de mi juventud: la veo aguardando, recibiendo, leyendo, comentando mis cartas, saboreando mas que yo mismo mis impresiones. ¡Vano sueño! ya no está allí; ahora habita el mun-

(1) Madama de Lamartine.

do de las realidades; nuestros sueños fugitivos no son ya nada para ella; pero su espíritu está con nosotros, nos visita, nos sigue, nos protege; *nuestra conversacion está con ella en las regiones eternas.*

Así he perdido ántes de la edad madura la mayor parte de los seres que he amado y que mas me han amado en este mundo. Mi vida amante se ha concentrado, mi corazón no tiene ya mas que algunos corazones para refugiarse; mis recuerdos no tienen ya mas que sepulturas donde posarse sobre la tierra; vivo mas con los muertos que con los vivos; si Dios descargase todavía dos ó tres de esos golpes en derredor de mí, conozco que me desprendería enteramente de mí mismo, porque no me contemplaría ya, no me amaría ya en los demas,—y solo en los demas me es posible amarme.

Cuando era muy jóven me amaba en mí; la infancia es egoísta. Eso era regular entonces, á diez y seis ó diez y ocho años, cuando todavía no me conocía, cuando todavía conocía ménos la vida; pero ahora he vivido demasiado, he conocido demasiado para apegarme á esta forma de existencia que se llama el *yo humano*. ¿Qué es un hombre, Dios mio? ¿Qué miseria es dar la menor importancia á lo que siento, á lo que pienso, á lo que escribo! ¿Qué lugar ocupo en las cosas? ¿Qué vacío dejaré en el mundo? Un vacío de algunos dias en uno ó dos corazones; un

puesto al sol; mi perro que me buscará; algunos árboles quehe amado y que se admirarán de no verme volver bajo su sombra,—¡y nada mas! Y luego todo esp pasará à su vez. No se empieza á sentir la vanidad de la ecsistencia sino desde el dia en que no es ya uno necesario á nadie, desde la hora en que ya no se puede ser querido: la única realidad de este mundo,—siempre me lo ha dicho el corazon—¡es el amor! el amor bajo todas sus formas.

7 de agosto, á las seis de la tarde.

Allí están las elevadas costas de la Laconia, á algunos tiros de cañon de nuestros ojos. Las seguimos impelidos por una fresca brisa, y parece que se deslizan magestuosamente delante de nosotros. Apoyado sobre el antepecho del buque, mis miradas estudian, para retenerlas en la memoria, esas formas clásicas de las montañas de Grecia, que se desarrollan tambien como olas de piedra y de tierra, se alzan, se bajan, se agrupan delante de mí como las nubes de la patria de su alma delante de la mente de Osian. Empleo una ó dos horas en pasar en silencio esa revista de las colinas y de los nombres sonoros de esa tierra muerta. Los montes Cromios, donde nace el Eurotas, lanzan á los aires sus redondeadas cumbres; el disco del sol descende sobre ellas y las hiere como cimborios

de cobre dorado; inflama en derredor de sí su lecho de nubes; aquellas cimas aparecen trasparentes como el aire que las rodea, y del que cuesta trabajo distinguirlas; juraria uno que ve al trasluz el resplandor de otro sol ya puesto, ó la inmensa reverberacion de un incendio lejano.

Una de esas montañas, entre otras, presenta á nuestros ojos la forma de una media luna volcada; parece que se hiende á medida para abrir un sulco aéreo al astro del dia que gira allí entre el polvo de oro del vapor que sube á él. Las crestas mas cercanas que el sol ha traspasado ya, se tiñen de púrpura amorotada ó de color de lila pálido, y nadan en una atmósfera tan rica como la paleta de un pintor; mas cerca de nosotros todavía, otras colinas, cubiertas ya de la sombra de la tarde, parecen vestidas de negras selvas; en fin, las que forman el primer plano, las que casi tocamos con la mano y cuyas faldas lava la espuma del mar, están sumergidas en tinieblas; la vista no distingue en ellas mas que algunas ensenadas donde se refugian los numerosos piratas de estas costas, y algunos promontorios que sostienen, como Napoli de Malvasia, ciudades ó fortalezas sobre su escarpada cima. Esas montañas, vistas así desde el puente de un buque, á esta hora en que la noche las rodea de sus mil ilusiones de color, son acaso las mas hermosas formas terrestres que ja-

mas han contemplado mis ojos; --y luego el buque flota tan blandamente inclinado como un balcon movedizo sobre el mar, que murmulla acariciando su quilla; el aire está tan tibio y perfumado; las velas espiden tan bellos sonos á cada bocanada de la brisa de la tarde! Casi todo lo que amo está aquí á mi lado, tranquilo, feliz, en seguridad, mirando, gozando conmigo. Julia y su madre están apoyadas junto á mí en los obenques. El rostro de la niña relumbra á todos los aspectos, á todos los nombres, á todos los hechos históricos que su madre le va refiriendo; sus ojos vagan con los nuestros sobre todas esas escenas cuyos maravillosos dramas le son ya conocidos! Hay génio en su mirada; en ella se ve el pensamiento profundo, vivo, caliente, rápido, de un alma que se abre como una flor bajo el alma ardiente y amante de su madre; parece que goza tanto como nosotros, y sobre todo porque nos ve interesados y contentos, porque el alma de esa niña vive de la nuestra; una lágrima se asoma á sus ojos si me ve triste y meditabundo; sus facciones son un reflejo simultaneo de las mías, y la sonrisa de todas nuestras alegrías no espera nunca una sonrisa semejante sobre sus labios. ¡Qué hermosa está así!

Muchas veces he visto, y bajo todos sus aspectos, las montañas de Roma y de la Sabinia; estas las sobrepujan en variedad de grupos, en magestad

de formas, en espléndido brillo de matices: sus líneas son infinitas: se necesitaria un tomo para decir lo que un cuadro diria en una sola mirada, pero para ser vistas en toda su belleza imaginaria, es preciso verlas así al declinar la tarde; entónces se las ve vestidas, como en su juventud, de bosques y verdes praderas, y de cabañas rústicas y de baños y pastores; las sombras las encapotan; no tienen otros vestidos, así como la historia de los hombres que las han ilustrado necesita las nubes de lo pasado y los prestigios de la distancia para cautivar y seducir nuestros pensamientos; nada debe verse á la plena luz del sol, á la claridad de lo presente; en este triste mundo nada es completamente bello mas que lo que es ideal; la ilusion en todas las cosas es un elemento de belleza, escepto en virtud y en amor.

La misma fecha, á las ocho de la noche.

El viento refresca; vogamos con un mar sereno delante de la embocadura de varios golfos: nos acercamos al cabo San Angelo, antiguo cabo Mاليا; pronto llegaremos á él.